

FERNANDO A. IGLESIAS

ES EL PERONISMO, ESTÚPIDO

Cuándo, cómo
y por qué se jodió
la Argentina



EDICIÓN
10^o
ANIVERSARIO

Ariel

FERNANDO A. IGLESIAS

ES EL PERONISMO, ESTÚPIDO

Cuándo, cómo
y por qué se jodió
la Argentina

Ariel

INTRODUCCIÓN

Una historia bonaerense

El peronismo genera atraso; el atraso genera frustración; la frustración genera peronismo. ¿Demasiado gorila? Pruebo de nuevo: el peronismo genera decadencia; la decadencia genera pobres; los pobres votan al peronismo. ¿Otra vez? La incapacidad de desarrollarse genera dependencia del Estado. La dependencia del Estado genera empresarios y trabajadores dependientes del Estado. Los que dependen del Estado votan al peronismo.

No son juicios de valor sino constataciones de hechos. Un país frustrado, decadente, pobre y dependiente del poder político, que no para de votar a sus victimarios peronistas. Al que no lo crea, lo invito a asomarse al abismo del principal drama de la República Argentina, el más difícil de resolver para dejar atrás los fracasos del siglo XX y salir al siglo XXI: la Provincia de Buenos Aires.

Cuando cursé mis estudios primarios y secundarios en la Escuela Normal Próspero Alemandri de Avellaneda, nuestro libro de cabecera era el Manual del Alumno Bonaerense. Conservo de él imágenes fuertes: tablas en que se comprobaba que Argentina estaba entre los mayores productores de trigo, maíz y girasol del mundo junto a los Estados Unidos, Rusia y Canadá; la idea de que la mayor parte de esa producción salía de la pampa bonaerense y la afirmación, sostenida en varios puntos del Manual, de que por su posición geográfica privilegiada la Provincia de Buenos Aires era la más rica y próspera del país. El Manual lo decía casi en tono de disculpa, con temor a sonar jactancioso ante los argentinos

que no habían tenido la suerte de habitar tan maravilloso lugar. Corrían los Sesenta, Avellaneda hervía de actividad fabril y comercial, y el viaje anual en tren a la casa de mis abuelos en Quequén confirmaba esas presunciones: campos sembrados, vacas lecheras y un puerto fabuloso del que todos los días salían barcos cargados a alimentar al mundo. La Argentina era el mejor lugar del planeta donde vivir («¡No hay mejor país que mi país!» cantaban unos energúmenos en la radio) y la Provincia de Buenos Aires, el mejor lugar de la Argentina. Hasta el fútbol parecía confirmar el esplendor de la Provincia y de Avellaneda: ¡dos equipos campeones del mundo en una ciudad de 300.000 habitantes! Algo nunca visto.

Pasaron los años y hoy es difícil encontrar un solo índice económico y social en que la Provincia no esté por debajo de la media nacional de un país que retrocedió enormemente. Pobreza, violencia, hacinamiento, contaminación, barras bravas, policías más bravas, narcotráfico, patotas, punteros políticos y ciudades desiertas después de las nueve de la noche. Fue lo único que quedó de todo aquello. El paraíso de la infancia feliz trocado en pesadilla de la adultez. A la casa en la que pasé la mayor parte de aquellos tiempos no vuelvo desde hace años, para no llorar. Kioscos que venden droga, pibes tomando birra tirados en la vereda, tallercitos jurásicos, fábricas cerradas, casas enrejadas, basura, decadencia y marginalidad.

¿En qué momento se jodió la Provincia de Buenos Aires? Imposible decirlo. La Dictadura hizo lo suyo; el fracaso de la economía alfonsinista aportó bastante, pero algo de una magnitud diferente comenzó a suceder desde 1987, cuando Cafiero le ganó la gobernación a Casella por cuatro puntos y abrió la larga dinastía de siete gobiernos peronistas que continuarían Duhalde, Ruckauf, Solá y Scioli. Todos por dos períodos, excepto Ruckauf, que le apuntó a la presidencia, falló, cayó en la cancillería de Duhalde y nunca regresó, por suerte. Fueron siete gobiernos peronistas en la Provincia de Buenos Aires, como las siete plagas de Egipto. Ahí fue cuando se jodió la Provincia, y con ella, el país.

Si hasta la década del noventa Buenos Aires había liderado o acompañado la evolución de las zonas más avanzadas de la Argentina, a partir de las siete plagas peronistas quedó partida a la mitad por un vasto conurbano en el que las condiciones de vida eran similares

a las de las provincias más pobres del país. «Construimos una fábrica de pobres en el conurbano y nos fue muy bien», dice Elisa Carrió que le dijo Alberto Pierri, presidente de la Cámara de Diputados del menemismo. Cierta o apócrifa que sea la frase, nadie puede negar que la fábrica está ahí, que sigue generando pobres de a millones, y que esos pobres han votado insistentemente a favor del peronismo. En 1987, Cafiero le ganó a Casella la gobernación por 41% a 37% de los votos, pero hoy la realidad es bien distinta: desde 2003 las fuerzas peronistas y filoperonistas no bajan del 50%, habiendo llegado en las últimas dos legislativas a 72% en 2011 y a 81% en 2013.

¡Qué gorila es la realidad! Al aumento permanente de la pobreza en el Gran Buenos Aires ha correspondido un crecimiento sistemático de los votos del peronismo y del poder peronista en la Provincia. El 81% de 2013 indica, además, que ese poder se ha hecho hegemónico y que la vida política bonaerense es hoy una interna del Pejota. En este sentido, a la Provincia le ha ido aún peor que al país, que lleva veinticuatro de los últimos veintiséis años de gobiernos peronistas, con mayoría en el Senado y las gobernaciones y control absoluto de los sindicatos en los restantes dos. Son hechos, no una opinión. Aquí viene la opinión: los votos de los habitantes del conurbano no son votos agradecidos del pueblo peronista a quienes lo han sacado de la pobreza sino voto clientelar y cautivo de gente que ha perdido hasta la esperanza y termina avalando, resignadamente, a sus opresores.

No. No estoy a favor del voto calificado. Todo lo contrario. El voto universal no necesariamente es eficiente para elegir los mejores gobernantes pero es un dispositivo central de la distribución del poder en una sociedad democrática. Para los de abajo, para los carentes de todo otro poder social, es un arma de autodefensa. Que los argentinos pobres y los pobres argentinos la usen bien o mal es otra discusión. Lo que no está en discusión es su derecho.

Sin embargo, también es cierto que un repaso de las distinguidas damas y caballeros que el pueblo argentino llevó a la Presidencia en las últimas décadas es una experiencia desoladora. Desde que me interesé por la política los vi elegir a Cámpora, candidato de la Juventud Maravillosa, y después cambiarlo por un Perón anciano que llevaba de vice a Isabel. Fue la primera locura que presencié, y acaso la más grave. Después vinieron Alfonsín,

Menem1, Menem2, De la Rúa, Néstor Kirchner, Cristina Kirchner1 y Cristina Kirchner2. No hay mucho que celebrar, de veras. Pero la democracia no se basa en el supuesto populista de que el pueblo nunca se equivoca sino en el derecho democrático-republicano que tiene de hacerlo. Los que creen que el pueblo nunca se equivoca son los que ponen en riesgo la democracia, ya que la sola mención de los últimos presidentes argentinos pone en cuestión la premisa sobre la que la asientan.

Por mi parte, jamás voté a un candidato ganador.¹ Lamento no haberlo hecho con el Alfonsín de 1983, que valía la pena, pero yo era demasiado joven para comprenderlo. De manera que he sufrido las elecciones de mis compatriotas en el lugar de siempre, el de quien no ha comprendido nada de lo que pasa en el país y se pierde por eso de participar del fervor unánime con el que la sociedad argentina acoge a los salvadores de la Patria: la Juventud Maravillosa en los primeros Setenta; sus carniceros, luego. La democracia con la que se come, se cura y se educa aunque la economía sea un caos, a continuación; la Convertibilidad, ese billete gratis de entrada al Primer Mundo, seguidamente, y después —es decir: ahora— la Década Saqueada por quienes se han encargado de destrozar el país durante la mejor oportunidad que tuvo en doscientos años de existencia...

Pero yo quería contarles una historia bonaerense. Es esta. Yo me considero porteño, vivo en la Capital desde hace veinte años y mi mundo gravitó en torno a la ciudad de Buenos Aires desde siempre, acaso porque Piñeyro y Avellaneda están más cerca del Obelisco que Caballito. Dicho esto, nací en la Capital de pura casualidad, ya que la mutual a la que estaba afiliada mi mamá —la Asociación Obrera de Socorros Mutuos— tenía su sanatorio en la calle Alberti. Hasta los treinta años crecí en Avellaneda; ciudad obrera, peronista y montonera para algunos; la Detroit de las Pampas, para mí. Y la historia que quería contarles es esta.

Éramos siete primos-hermanos en la Avellaneda más o menos progresista de los Sesenta. Cinco de ellos se quedaron en Avellaneda y al sur de Avellaneda, en la Provincia de Buenos Aires. Dos, nos fuimos. De los cinco que se quedaron, tres ya no están más.

¹ Hábito felizmente quebrado en 2015 con Mauricio Macri (nota de 2019).

Por muertes prematuras y violentas cuyos detalles no voy a contar pero que están relacionadas directamente con la degradación social a que la Provincia fue sometida bajo las gobernaciones peronistas. A los que nos fuimos de la Provincia de Buenos Aires nos fue mucho mejor que a los demás. Cuanto más lejos nos fuimos, mejor nos fue...

De manera que si creen que tengo algo personal contra el peronismo tienen razón. He visto a la Provincia de Buenos Aires caerse a pedazos bajo sus administraciones y a los resultados de la marginalidad y la criminalidad producidas derramarse sobre la ciudad de Buenos Aires y el país. Si se piensa un poco, esta es la alternativa que divide aguas en la política argentina: de un lado, los que quieren convertir al país en un enorme conurbano; del otro, los que queremos que el conurbano sea parte de un país normal; una especie de puente entre su ciudad más rica y avanzada y la pampa del boom agrícola-industrial, con repercusiones positivas en la realidad de todo el país. Visto así, no parece tan difícil.

¿En qué momento se jodió la Provincia de Buenos Aires? No estoy por el voto calificado pero tampoco entiendo cómo pudimos hacernos esto. Nunca estaré por el voto calificado porque las sociedades, como los individuos, tienen el derecho supremo a elegir su propio destino. Y yo, el de criticar el que eligieron. No por el banal placer del «Se los dije» sino para ver si alguna vez cambia algo, para lo cual la comprensión de la realidad es tan fundamental como la voluntad de cambiar.

Sé que nunca alcanzaré las profundidades filosóficas de nuestra hegeliana presidente, pero algo entendí de la tríada tesis-antítesis-síntesis, o superación dialéctica. No porque me haya formado en el marxismo sino porque casi todo lo esquemático de la dialéctica hegeliana está en el I Ching, y de adolescente me gustaban los oráculos y las moneditas chinas. Y bien, aquí voy: el peronismo es una tesis sin antítesis. Nadie quiere ser la antítesis del peronismo. Opción superadora, sí. Todos. Póngase en la fila. Antítesis, jamás. Es incómodo. A las chicas no les parece romántico. Te arruga la ropa. Hace veinte años que manejo y nunca usé. Los amigos de la infancia se cruzan de vereda cuando te ven venir. Te dicen cipayo en Twitter y vendepatria en Facebook. Organizan campañas diciendo que no conseguís novia, y que por eso estás así. No

te aceptan ni las invitaciones a cenar. En la Argentina que parió el peronismo, nadie quiere que le digan antiperonista y tienen razón. A los peronistas tampoco les gustaría que los llamaran antirradicales, ¿no? De manera que, a falta de antítesis, el peronismo sigue siendo el centro del universo y el resto del país y del sistema solar giran a su alrededor...

En los Estados Unidos, por ejemplo, los demócratas hablan mal de los republicanos y los republicanos hablan mal de los demócratas. Lo llaman democracia, inclusive. Acá, no. Acá si hablás mal del peronismo es porque sos antidemocrático. ¿Qué hiciste durante la Revolución Libertadora?, te preguntan enseguida, y aunque hayas nacido en 1986 no te los sacás más de encima. ¿Escribiste ensayos contra el Almirante Rojas? ¿Bajaste un cuadro de Lonardi y pusiste el del General en el caballo blanco? ¿No? ¡Culpable!, aunque tengas veintisiete años. El peronismo es así.

En Francia, los socialistas hablan mal de los conservadores y los conservadores hablan mal de los socialistas. Acá, no. Acá los peronistas hablan mal de los radicales y los radicales hablan mal de los radicales. Y piden perdón, mucho perdón. Los peronistas, no. Los peronistas jamás piden perdón aunque las hayan hecho todas. Total, en Argentina los radicales piden perdón por todos, y se flagelan con la híper y con De la Rúa, no vaya a ser que la gente los ponga de nuevo en el mapa y tengan que volver a gobernar.

Y no son solo los radicales. Todos en la oposición apuestan a ser la alternativa superadora del peronismo pero nadie quiere ser la antítesis. Eso, caca. Eso, jamás. Hablan de pejotismo. Critican a Perón pero bendicen a Evita. Distinguen a peronistas buenos de peronistas malos y mencionan a Hitler, que era mucho más malo que todos los peronistas juntos, no me va a comparar. Después concurren a programas peronistas donde juran que papá era el más peronista de los radicales; o se acuerdan del abrazo de Perón con Balbín, mencionan al viejo león herbívoro y se les pasa por alto el pequeño detalle de la Triple A. Que la antítesis al peronismo sea algún otro. Un finlandés de vacaciones en Argentina, de ser posible. Ellos, no. «Es algo del pasado» o «El peronismo ya no existe», dicen; pero por alguna razón misteriosa creen que en cambio sí existen los gorilas. Acá, de criticar al peronismo nadie quiere ni oír hablar.

No hace falta decir cuál es el resultado, ya que habitamos sus consecuencias. Ante la falta de antítesis, el peronismo genera su propia alternativa superadora de sí mismo. De Menem-Duhalde-Néstor a Duhalde-Néstor-Cristina, a Néstor-Cristina-Scioli... O Massa. O De la Sota. O Aníbal. O Randazzo. O Máximo. El que venga. A como dé lugar. Y la gente los vota por hábito, o por complicidad. Porque el abuelo Cacho era un gran tipo y era peronista. Por comodidad. ¿Por qué no habrían de hacerlo si ningún político ni intelectual dice jamás lo que hay que decir, ni critica nunca lo que hay que criticar? Por supuesto, la del peronismo que sucede al peronismo es una alternativa superadora poco superadora para el país, pero ese es otro problema. Para el peronismo es una alternativa superadora de verdad. A ellos, cada día les va mejor.

La tesis central de *Es el peronismo, estúpido* es simple: el peronismo es el problema principal, central, troncal, de la República Argentina; sin solucionar el cual el país no tiene destino. El peronismo y su autoritarismo mal encubierto, su patriotismo entre-guista gritado a los cuatro vientos, su corrupción siempre mayor y su violencia. El peronismo como sistema cardinal de poder estatal mafioso disfrazado de movimiento político. El peronismo, y más que el peronismo, la hegemonía peronista, el monopolio casi absoluto del poder político por parte del peronismo, la transformación de la política nacional en una interna del Pejota.

Sostener que el peronismo es el problema troncal de la Argentina no implica creer que sea el único. La oposición y la propia sociedad nacional están-estamos también en el banquillo de los acusados. Pero si están-estamos ahí es como cómplices y encubridores, no como culpables del crimen de haber condenado al país a siete décadas de decadencia. El peronismo lo hizo, no la oposición.

Ha sido el peronismo el que ha modelado esta sociedad por lo menos tanto como esta sociedad ha modelado al peronismo. Despreciando sus mejores virtudes y exaltando sus peores defectos. Creando un marco de complacencia general con nuestro inmenso fracaso colectivo que impide todo progreso y coloca a quien ejerce la crítica en el papel de traidor a la Patria. En cuanto a la oposición, sus culpas son muchas. Pero la central de todas ellas es su debilidad, su complacencia y su complicidad —según los casos— con el gran psicópata alrededor del cual gira la política argentina. No

hay solución posible para el país, no hay reversión de la progresiva y veloz decadencia en la que hemos caído, sin salir del sistema peronista-céntrico en el que habitamos desde hace al menos un cuarto de siglo; sin generar una alternativa de poder republicano frente al poder mafioso y de democracia fuerte frente a los abusos de un poder concentrado y devastador.

Desde luego, el problema principal de la República Argentina no se soluciona con prohibiciones ni proscripciones. El peronismo existe y seguirá existiendo. Se trata de saber si seguirá siendo capaz de imponer su régimen de partido-único-que-puede-gobernar y convirtiendo el escenario político en un mero comentario al margen de sus internas, o si se transformará en un partido más dentro de un sistema pluralista y republicano. Es decir: exactamente lo que viene prometiendo desde la década del ochenta sin resultados ostensibles, por lo que se ve.

Imagino por anticipado el aullante coro de los que se lamentan por el nombre de este libro; la indignada multitud que siguiendo sus hábitos de lectura se niega a ir más allá del título y la solapa; los augustos defensores de la moral pública que al grito de «No podés...» claman contra el aberrante calificativo de «estúpido». Y bien, entre ellos hay peronistas y no peronistas. A los peronistas les respondo: desde sus orígenes, desde los siempre recortados y editados discursos de la amada Evita, el peronismo ha distinguido a sus críticos y opositores con calificativos como «contreras» y «contras», cuyo antecedente ilustre es el insulto «disfattista» del fascismo italiano; además de «antipatrias», «traidores», «vendepatrias», «oligarcas», «cipayos» y «agentes extranjeros»; identificándose a sí mismo con la Patria, el Pueblo y la Nación, todo con mayúscula, exactamente como sucede en todos los regímenes totalitarios, cumplidos o frustrados. Y, como sucede en todos los regímenes totalitarios, el peronismo ha caído también en la aberración de rebajar a sus críticos y opositores a la condición animal: la de «gorilas», genial invención que identifica al opositor con el enemigo de la patria y de los trabajadores, en uso desde el primer peronismo y complementada hoy por la de «buitres», innovador agregado del kirchnerismo, que también en esto demuestra ser la etapa superior del peronismo.

Es curioso que en este país el peronismo hable pestes de todos los partidos no peronistas y hasta los denomine usando el nombre

de un animal, como han hecho todos los sistemas totalitarios con sus adversarios, pero exista la acusación de «antiperonista» y no la de «antirradical» o «antisocialista», por ejemplo. De manera que toda lamentación peronista por el uso del término «estúpido» en el título de este libro me tiene sin cuidado, por decirlo con la mayor delicadeza.

En cuanto al escándalo de los no peronistas, o de los que creen no serlo, les pediré disculpas la primera vez que los vea escandalizarse por la descalificación de los opositores al peronismo como antipatrias, contreras, traidores a la patria, vendepatrias, cipayos, gorilas y buitres; o cuando alcen la voz contra los aprietes de los Guillemos Moreno, los insultos de los Aníbalés Fernández, las hipocresías de los Albertitos Fernández, los escraches por cadena nacional de las Cristinas Fernández, y los cachiporrazos de los Luisitos Delira. Es que el escenario político argentino es un espacio determinado por el sesgo peronista; una cancha inclinada a favor de los peronistas, que actúan como una patota de violadores para después lamentarse como princesas ultrajadas ante toda expresión opositora subida de tono.

He aquí el sesgo peronista: la sociedad argentina acepta que el peronismo juegue al rugby al tiempo que exige a los demás que jueguen al fútbol, y sin poner pierna fuerte. Se trata de la aplicación a la política del tradicional truco del psicópata, que se comporta como si las reglas valieran solo para los demás. De manera que se me permitirá el ligero desliz de llamar estúpidos a quienes no han comprendido todavía, después de un cuarto de siglo de monopolio del poder peronista, que el peronismo es el problema central de la Argentina; un país en el cual la absoluta mayoría de la población tiene la peor de las opiniones de la clase política pero sigue votando por el partido que detenta el poder casi ininterrumpidamente desde hace un cuarto de siglo.

Es un tono fuerte el de «estúpido», lo sé; pero si fue usado por un ex presidente de los Estados Unidos para referirse al presidente de los Estados Unidos en ejercicio, tampoco será para tanto. Mucho menos será para tanto en un país donde un candidato oficialista afirmó, entre las risas de los intelectuales de Carta Abierta: «Pensé en ser candidato porque sin Cristina el proyecto se quedaba manco», en clara alusión a su competidor, al que le

falta un brazo.² No es que me sienta superior a nadie, tampoco. Más bien me veo como el niño del cuento de Andersen que grita lo que todos han visto pero, para evitar represalias, nadie se anima a decir: ¡El peronismo está desnudo! Si alguna virtud reivindico respecto al promedio de la población nacional no es la de la inteligencia sino la del coraje. Un modesto coraje: el de mirar la realidad a la cara en vez de unirme al rebaño de quienes son felices cambiando el buzón que compraron hace cuatro años por el nuevo modelo.

Y bien, ya saben de qué va la cosa. *Es el peronismo, estúpido* es un intento de hablar de lo que nadie habla. De la insoportable decadencia en que ha caído este país y del peronismo. De la relación directa y proporcional entre ambos fenómenos y de la estupidez de creer que los gobiernos son peronistas cuando les va bien y se transforman en montoneros o neoliberales apenas les empieza a ir mal, lo que habilita la reencarnación sin límite del aparato político que ha destruido el país y las esperanzas de su gente. Ojalá sus páginas puedan aportar a la elaboración de una crítica que exceda lo académico, llame a las cosas por su nombre y ayude a la superación de la crisis permanente en que vivimos bajo el monopolio del poder peronista. País con buena gente, síganme. No los voy a defraudar.

² Ver http://www.clarin.com/politica/exabrupto-Randazzo-Carta-Abierta-Scioli_0_1360664069.html